



“¡Reconciliaos con Dios!”

CARTA PASTORAL SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

Su Excelencia Reverendísima Monseñor William E. Lori, S.T.D., *Obispo de Bridgeport*
Cuaresma 2009

Quizás usted ya se dio cuenta que se está llevando a cabo una campaña. La estoy llevando adelante, junto con los sacerdotes de la Diócesis. No estamos tratando de ganar su voto, ni buscamos que usted compre nada. Todo lo que queremos es hacer disponible la misericordia, la paz y la alegría que el Señor nos da en el Sacramento de la Penitencia o de la Reconciliación.

Tampoco hemos contratado a una agencia de publicidad para desarrollar el slogan de la campaña. Más bien, nos volcamos a San Pablo, porque nadie ha logrado transmitir a Cristo ni a su amor reconciliador mejor que él. “¡Reconciliaos con Dios!” nos exhorta Pablo (II Corintios 5:20). Él escribió estas palabras hace casi 2000 años. Son tan ciertas hoy como cuando las redactó por primera vez.

Piensa en tu experiencia. Y piensa en la experiencia de los miembros de tu familia, tus amigos y tus compañeros de trabajo.

El año pasado, fuimos testigos de un casi colapso económico. Muchas personas perdieron su trabajo y sus seguridades. Muchos más han perdido dinero y posesiones. Y este año que comienza parece desalentador. Para muchas personas los cimientos de sus vidas parecen haber sido derrumbados. “Las reglas ya no funcionan,” me dijo un señor, “y no sé a quién acudir”. Algunos se encuentran en una situación financiera tan precaria, que temen no regresar a la seguridad que poseían. Se preocupan por sus familias y por aquellos que aman. Tristemente, algunas personas han llegado al punto de decidir que la vida sin dinero y sin las cosas que el dinero compra, no vale la pena ser vivida.

Todos sabemos, en lo profundo de nosotros mismos, que es un engaño construir nuestras vidas sobre lo que poseemos o creemos poseer. Estamos hechos para el amor. Sin amor nuestra vida no tiene sentido. Lo tenemos que encontrar en algún lugar, de alguna forma. Y tenemos que amar como respuesta a ello, en algún lugar, de alguna forma.

A veces pienso en aquellos que andan por ahí con una carga pesada de culpa en sus corazones. Algunos nos tratan de decir que la religión inventó el sentimiento de culpa. Sería como que los médicos inventaron el dolor. En general, la culpabilidad es señal de una enfermedad en lo más hondo de nuestro corazón. Es lo que deberíamos sentir cuando estamos alejados de Dios y de los demás, incluyendo nuestro/a esposo/a, amigos, compañeros de trabajo y hasta nuestros enemigos. También deberíamos experimentar sentimiento de culpa cuando hacemos cosas que sabemos que están mal, a pesar de la astucia de las excusas que nos damos para engañarnos. Independientemente de cuánto tratemos, nos damos cuenta de que no podemos detener nuestras mentes y corazones, de confirmar que es verdad aquello que los 10 mandamientos nos enseñan sobre lo que está bien y mal. Ya que, los mandamientos son como el manual del usuario para nuestra propia humanidad – de forma colectiva e individual.

Más se podría decir sobre esto. Pero por ahora, recordemos que el Sacramento de la Penitencia es más que un eliminador de dolor para el sentimiento de culpa; ya que responde no solo a los síntomas, sino ciertamente, a la enfermedad espiritual subyacente.

Hoy muchas personas sienten que están “en una situación de riesgo” no solo financiera, sino también personal, especialmente en relación con la Iglesia. Cuando dejaron de practicar la fe, por la razón que haya sido, pensaron que nunca les haría falta. Pero generalmente no funciona así. Porque el corazón de nuestra fe es el amor de Dios que perdona, que reconcilia. La



La Diócesis de Bridgeport ha recibido el permiso de usar esta pintura durante la Campaña de Confesión en esta Cuaresma. Esta obra maestra de Rembrandt está basada en la Parábola del Hijo Prodigio (Lucas 15, 11-32). El padre recibe y perdona a su hijo, así como Dios perdona a todos aquellos que se arrepienten y acuden al Sacramento de la Penitencia.

Palabra proclama este amor. Los sacramentos nos sumergen en ese amor. La comunidad de creyentes nos da el apoyo para forjar nuestras vidas de acuerdo al amor. Es más difícil de lo que pensamos, vivir sin el Amor de Dios hecho tangible en nuestras vidas. Hasta un punto, todos estamos en “situación de riesgo,” inclusive si estamos tratando de vivir nuestra fe y de crecer en santidad. Como nos enseñan los grandes santos: cuanto más crecemos en santidad, más experimentamos la necesidad de ser reconciliados. La verdad es que todos necesitamos ser reconciliados con Dios y con los demás. “Todos han pecado y carecen de la gloria de Dios”, nos recuerda San Pablo (Romanos 3:23). San Juan también nos dice, “Si decimos: «No tenemos pecado», nos engañamos y la verdad no está en nosotros” (1 Juan 1,8).

Entonces, ¿cómo nos ayuda una Campaña de Penitencia? ¿Por qué no podemos simplemente regresar al Sacramento de la Penitencia individualmente, cuando estemos listos? Empecemos con el sencillo hecho que es el Sacramento de la Misericordia, la misericordia de Dios. Es así como siempre experimentamos el amor de Dios – como misericordia. La misericordia de Dios no es como una palmadita condescendiente en la cabeza. Es el amor tierno de Dios el que nos limpia del pecado y nos permite reestablecer correctamente las cosas en nuestra vida y en nuestra relación con los demás. Los “otros” incluye a Dios, a los compañeros de la Iglesia, y de hecho a todas las personas que nos encontramos en el peregrinar de nuestra vida. Esto requiere que nos alejemos de nuestras conductas pecaminosas y egocéntricas

que destruyen la paz en nuestros corazones y en los corazones de muchos otros, – más de los que sabemos.

Pero ¿por qué realizar una campaña? Porque hace tiempo que el Señor Jesús ya nos conoce. El sabe que nos es más fácil hacer esto juntos que aislados. Y el objetivo de este Sacramento de la Misericordia no es sólo el de sentirnos bien con nosotros mismos, sino el de restablecer lazos de amor y paz con Dios y con los demás miembros del Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Para muchos, el Sacramento de la Penitencia es el punto de re-entrada para renovar la activa participación en la vida de fe. Por ello, tiene sentido hacer esto no de manera solitaria, sino como miembros de la familia de fe del Señor. Todos lo necesitamos. Un mayor número le da más fuerza.

Es por ello que los sacerdotes de la Diócesis de Bridgeport están, ahora más que nunca, a su servicio, durante la cuaresma del 2009. En todas las parroquias de la Diócesis, todos los martes en la noche de Cuaresma, de 7 a 9, habrá sacerdotes disponibles para escuchar confesiones. Como San Pablo, ellos están ahí para ti, llevando adelante “el ministerio de la reconciliación” (II Corintios 5,18). Nosotros que somos sacerdotes, consideramos que es un privilegio ser instrumentos de la misericordia de Dios en sus vidas. Y queremos, más que nada, que se renueven los lazos de paz que el pecado destruye. Estoy muy agradecido a mis hermanos sacerdotes por su extraordinaria generosidad en hacer el Sacramento de la Penitencia tan disponible.

Permítame hablar de manera personal sobre este tema. Como sacerdote y obispo, yo soy a la vez confesor y penitente. Ser confesor es una experiencia gozosa que me hace humilde. Por más indigno que sea, me regocijo en poder ser un instrumento efectivo de la misericordia de Dios. Lo digo porque yo mismo sé cuánto necesito de la misericordia que comparto con otros. De hecho, yo he descubierto que no puedo llevar a cabo mi ministerio sin el Sacramento de la Penitencia. Hago el esfuerzo de recibir el Sacramento dos veces al mes, a veces en el contexto de la dirección espiritual y otras veces cuando veo la luz encendida fuera de un confesionario. Me da felicidad ver esa luz porque sé que arde por mí. Esa luz me remite a la luz radiante de la misericordia de Dios que se encuentra ahí disponible. Por ello, no les estoy pidiendo que hagan algo que yo mismo no hago. En vez, los invito a que se unan conmigo en la alegría de estar reconciliados.

Me gustaría también contestar preguntas que muchas personas albergan. ¿Por qué confesarse con un sacerdote? ¿No es suficiente decirle a Dios que nos arrepentimos? ¿No es cierto que Dios sabe lo que estamos pensando? Ciertamente lo sabe. De hecho, Dios nos conoce mejor que nosotros mismos. Y este es justamente el punto. Cuando nos confesamos, crecemos en auto-conocimiento. Lo hacemos de una manera que respeta absolutamente nuestra dignidad y privacidad, ya que el Sacramento de la Penitencia permite que el aire y la luz radiante de la misericordia de Dios hagan un contacto vivo con los pecados que verbalizamos. Al dejar enterrados en el corazón nuestros pecados permitimos que sigan pudriéndose. En algún momento de nuestras vidas, vamos a sentir la necesidad de confesarlos a alguien. Apoyándonos en esta tendencia tan humana, el Sacramento de la Penitencia nos dirige a confesar

nuestros pecados a un sacerdote, ya que él ha sido ordenado para actuar en la misma Persona de Cristo. Por ello, el sacerdote nos puede ofrecer una buena guía y el perdón que anhelamos. A nosotros sacerdotes, servirlos de esta manera nos hace humildes; al mismo tiempo, nos renueva en los ideales más profundos de nuestro sacerdocio.

Cuando era un joven sacerdote, escribí mi tesis de doctorado precisamente sobre este tema, denominado “Confesión Solo a Dios en el Inicio de la Edad Media.” No los voy a aburrir con los detalles de la tesis, pero sí les compartiré una de las conclusiones de mi investigación: la confesión de los pecados a un obispo o sacerdote ha sido siempre parte de la práctica sacramental de la Iglesia. La confesión solo a Dios ocurría cuando un penitente era impedido de recibir el sacramento por el motivo que fuera. Gracias a Dios, no nos encontramos en esta misma situación.

Y, ¿cómo hago con el “proceso” de “ir a confesarme”? Si ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te has confesado, quizás no recuerdes cómo participar en este sacramento. Es por ello que les pedí a los Caballeros de Colón que me ayudaran. Muy generosamente ellos han dado a la Diócesis de Bridgeport 100,000 guías para prepararse y recibir el Sacramento de la Penitencia, los cuales van a ser distribuidos en todas las parroquias. Estas guías contienen un examen de conciencia y ofrecen paso a paso lo que hay que hacer para ir a la confesión. Buscan eliminar lo misterioso de ir a confesarse, sin sacrificar nada del misterio que es en sí mismo. ¿Cuando somos confrontados verdaderamente con el amor reconciliador de Dios, nos encontramos sobrepasados por el asombro, ya que estamos en la presencia del más grande de todos los misterios!

Me gustaría incluir un punto más antes de concluir. Es sobre nuestros jóvenes. El año pasado, la Diócesis organizó una fructífera campaña para atraer a los adolescentes al Sacramento de la Penitencia. Me alegro de que hayamos hecho esto y espero que muchos jóvenes reciban nuevamente el sacramento durante estas semanas de Cuaresma; pero, permanece como un hecho preocupante el que muchos jóvenes reciban rara vez este sacramento. Muchos hacen su “Primera Confesión” justo antes de la Primera Comunión y no reciben el Sacramento de la Penitencia hasta que se preparan para la Confirmación. Éste es un grave error. Los jóvenes hoy en día se confrontan con severos desafíos morales; quizás más que cualquier otra generación. Sin embargo, para la mayoría, justamente el sacramento que más necesitan para poder sobrepasar estos desafíos, está aparentemente inaccesible. Los padres de familia que reciben con frecuencia el Sacramento de la Penitencia y van sin falta a Misa todas las semanas son la clave para ayudar a que nuestros jóvenes sean formados en la misericordia de Dios. ¡Asegurémonos de no fallarles!

Esto es en esencia nuestra Campaña de Penitencia. Una vez más agradezco a mis hermanos sacerdotes por hacerla posible. Agradezco también a los Caballeros de Colón, no solo por las guías pero también por haber hecho posible la difusión de la Campaña en las carreteras, estaciones de tren, buses, televisión, radio e internet. ¡Aunque les recuerdo que la mejor propaganda de todas es un corazón reconciliado con Dios! ¡Eso es lo que verdaderamente llega lejos! ¡Les deseo una bendecida Cuaresma!